



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Problemas de la crítica literaria latinoamericana

Autor: Martínez Antonini, Agustín

Forma sugerida de citar: Martínez, A. (1987). Problemas de la crítica literaria latinoamericana. *Cuadernos Americanos*, 6(6), 92-108.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año I, núm. 6, (noviembre-diciembre de 1987).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

PROBLEMAS DE LA CRITICA LITERARIA LATINOAMERICANA

Por *Agustín* MARTÍNEZ ANTONINI
UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA

1. Modernización crítica

ESTE TRABAJO se inició en Caracas, Venezuela, a comienzos de 1983, como un intento de estudiar algunos aspectos de la actividad crítica en Venezuela y —hay que decirlo— con una actitud más beligerante que comprensiva respecto de algunos hábitos de la crítica venezolana, especialmente frente a la producción poética. El resultado de esta primera fase se presentó en algunos artículos donde examinábamos los aspectos metacríticos de la poesía venezolana de la década de los años sesenta.

Esta preocupación se fue ampliando de manera natural hasta alcanzar la forma de un estudio acerca del comportamiento y características de la crítica literaria hispanoamericana. Nos interesó examinar el modo en que las tendencias críticas dominantes durante las décadas de los años sesenta y setenta —formalismo, estructuralismo, crítica sociológica y marxista— habían concurrido para la transformación de la conciencia crítica del continente y fijado algunos temas y formas de abordaje de las obras estimulando lo que denominamos su "modernización".

Según nuestra hipótesis, la modernización se caracterizó, principalmente, por el planteamiento de un conjunto de preocupaciones teóricas inéditas hasta entonces respecto de la propia actividad crítica: su definición, su función, la evaluación y discusión de sus métodos, la legitimación de su conocimiento acerca de la literatura y, por último, el concepto mismo de literatura con el que debía operar. Las preocupaciones por el carácter ideológico que podía asumir el discurso crítico y el proyecto de una crítica "científica" que la trasmataba en "estudios literarios", así como la discusión acerca de la posibilidad epistemológica de la misma, también aparecían como nuevas notas caracterizadoras de su desempeño durante ese período. Al mismo tiempo, observábamos que el ingreso de la crítica literaria a la fase de su modernización fue simultáneo al

desinterés generalizado por las obras de los principales críticos del período anterior y, en definitiva, al abandono de la tradición crítica hispanoamericana. De tal manera que la nueva fase parecía iniciarse —a juzgar por las actitudes de los críticos y por el peso que habían adquirido las nuevas preocupaciones en Hispanoamérica— en una especie de punto cero de la actividad crítica, sin vínculos ni continuidad manifiestos con los grandes problemas suscitados (y no resueltos) por la propia tradición crítica.

Sostuvimos, pues, la hipótesis —que seguimos considerando válida— de que ambos aspectos de la modernización crítica hispanoamericana, su preocupación por los nuevos problemas, principalmente metodológicos, concernientes a su consolidación como disciplina universitaria de carácter humanístico, por una parte, y por la otra, su correlativa desvinculación de la tradición crítica continental, constituían el marco de referencia en el que debía plantearse el estudio de las principales transformaciones de la crítica literaria hispanoamericana con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial. Además, señalamos que éste era el núcleo central de lo que se denominó la "crisis de la crítica literaria" en América Latina.

A fines de 1984 presentamos a la Universidad Central de Venezuela la memoria titulada "Crisis de la crítica literaria en América Latina", en la que desarrollamos parcialmente los problemas antes mencionados.

Había, sin embargo, en aquella memoria, algunos elementos problemáticos que adquirieron mayor relieve a partir del momento en que iniciamos nuestro estudio de la crítica literaria brasileña, en 1985. El primero de ellos se anunciaba en el título mismo. Se hablaba allí de "América Latina", aunque, en realidad, el material investigado se refería casi exclusivamente al ámbito hispanoamericano, con una casi total falta de referencias a la crítica en el Brasil.

Por otra parte, al continuar nuestros trabajos pudimos percibir que resultaba completamente parcial e inadecuado el estudio del tipo de transformaciones de la crítica literaria, sin establecer las necesarias correlaciones con otros ámbitos de la actividad intelectual del continente en los que era posible constatar la ocurrencia de procesos análogos. No se trataba solamente del caso paradigmático de la renovación de la producción narrativa —a la cual ya habíamos hecho referencia en nuestra memoria—, que fue la primera en dar señales de que algo fundamental estaba cambiando en la consciencia estética continental y había cristalizado en la llamada "Nueva Narrativa", e hizo visible la necesidad de hacerle corresponder una crítica tan "nueva" como ella, lo que también

sucedía en el caso de las artes plásticas y de la crítica de arte, de la sociología, de la historia, de la antropología. En fin, lo que denominamos, ampliando la anterior noción, la "modernización de los equipos intelectuales latinoamericanos", apuntando principalmente a la transformación de su relación con el *saber* ensayísticamente formulado del que eran detentores, al convertirlo en *conocimiento* teóricamente controlado según normas que regulan el funcionamiento de una comunidad científica internacional a la que simultáneamente se integraban. A ello debía corresponder también un cambio en la función que tales equipos debían desempeñar dentro de sus respectivas sociedades, al reagruparse en instituciones que, como la universidad, adquieren un relieve y una capacidad de intervención especializada en la vida nacional y al reformular su relación con el poder político y económico. Se hizo evidente también la necesidad de insertar el conjunto del proceso en el marco más amplio de la aparición de una nueva fase de la cultura continental tras el agotamiento de la fase nacionalista que prevaleció hasta el medio siglo, a fin de dar cuenta de la amplitud de las transformaciones señaladas.

De esa manera, el proceso de la crítica literaria latinoamericana aparecía, no ya como la simple acumulación de vicisitudes ocurridas en un sector aislado de la actividad intelectual, o como una acumulación de polémicas en torno de métodos y modalidades de abordaje de las obras sin resultados aparentes y signados por la esterilidad, sino como un territorio donde se manifestó de modo privilegiado la conformación de una nueva fase de la historia intelectual latinoamericana cuyo estudio nos pareció (y continúa pareciéndonos) vital para comprender el desarrollo y el sentido de la propia literatura continental.

Un estudio de este tipo parece colocarse espontáneamente en el campo de la historiografía de la crítica literaria en América Latina. Como es sabido, se trata de un campo de investigaciones en el que, tanto en Hispanoamérica como en el Brasil, se dispone de pocos trabajos, los que generalmente se refieren al período anterior a la Segunda Guerra Mundial; es notoria la escasez de investigaciones acerca del comportamiento de la crítica literaria durante el período que hemos seleccionado, el más complejo y dinámico de nuestra historia intelectual.

Sin embargo, hay que notar que la situación anteriormente descrita se ajusta más al estado de dichos estudios en el Brasil (coincidente con la inclinación historiográfica que caracteriza su crítica), en vista de que en Hispanoamérica, después del esfuerzo pionero de Alberto Zum Felde con su *Índice Crítico de la Literatura*

Hispanoamericana (1954), tales estudios apenas comienzan a ser objeto de consideraciones aisladas, y no en todos los casos sistemáticas.

No obstante, un rasgo común a estos estudios, tanto en Hispanoamérica como en el Brasil, es la ausencia de un esfuerzo comparativo por aprehender tanto las diferencias como las equivalencias que rigen ambas tradiciones críticas. La etapa del desarrollo de nuestra crítica literaria que se inicia a partir del fin de la Segunda Guerra Mundial sugiere y propicia tales enfoques comparativos, dado que a partir de ese momento —y con mayor intensidad aún que en otras etapas de nuestra evolución artística e intelectual— la crítica en ambos hemisferios lingüísticos se colocó unánimemente (con el mismo grado de mimetismo y desconfianza), bajo la influencia de las mismas estéticas foráneas, lo que hace posible señalar importantes analogías tanto en los fenómenos de recepción de dichas estéticas como en la función que las mismas desempeñaron en el proceso de modernización crítica. Al mismo tiempo, el uso y abuso que se hizo en nuestro continente de las estéticas importadas configuró también un paradigma común en contraste con el cual reaccionó, en gran medida, el sector más lúcido de la crítica, profundizando para ello en la peculiaridad de las líneas maestras que rigieron y continúan rigiendo las respectivas tradiciones (una centrada en el interés historiográfico y con una fuerte ascendencia de la producción poética sobre la narrativa —Brasil—, y otra centrada en el interés por el texto, que es la huella de la herencia filológica, y con una fuerte ascendencia de la novelística —Hispanoamérica).

Ahora bien, debe notarse que las vías que conducen la reflexión a un tratamiento conjunto o comparativo del proceso de la crítica literaria en América Latina, no pueden consistir meramente en la postulación de una identidad de tradiciones, lo que sería contrario incluso a la constatación más superficial, sino más bien en el establecimiento de equivalencias tanto estéticas como funcionales en el sentido global de las etapas generales por las que atraviesa su proceso formativo moderno, las que tanto se identifican por las comunes influencias externas como se diferencian por la diversidad de respuestas y usos selectivos de tales influencias.

La fase que estudiamos constituye ante todo un complejo momento de modernización. La misma planteó a nuestra crítica problemas específicos y hasta entonces inéditos, cuyo sentido puede interpretarse en el marco de la transformación de prácticas sociales laxamente definidas en disciplinas modernas, dotadas de un alto grado de especialización y enfrentadas a graves problemas concer-

nientes a su redefinición y al reajuste de su función. La situación de la crítica literaria frente a este tipo de problemas, así como el fenómeno global de la modernización de los equipos intelectuales del continente —dentro del cual se inserta la propia modernización de la crítica—, constituye un aspecto fundamental para la interpretación de la historia de nuestra crítica literaria.

De este modo, nuestro trabajo se presenta menos como una historia de la crítica literaria en América Latina que como una discusión de su posibilidad y de los problemas fundamentales que subyacen a ese estudio. Constituye igualmente una discusión acerca del significado que tuvo para el desarrollo de la conciencia literaria latinoamericana la disputa entre las nuevas estéticas por el control de nuestra crítica durante el período que consideramos.

Esa etapa puede interpretarse, pues, como un aspecto de la modernización del régimen de producción intelectual del continente en cuando que al igual que lo ocurrido en otros campos, a partir del fin de la Segunda Guerra Mundial la crítica literaria latinoamericana pasó a exhibir, tanto en su funcionamiento como en la concepción de sí misma y de su función, características enteramente inéditas con respecto a aquellas que ostentó durante el período anterior. El rasgo esencial de esta transformación puede resumirse de la siguiente manera: se trató del abandono de la "personalidad del crítico" —con todo lo que esa noción implicaba en cuanto a la subordinación de la crítica a consideraciones de orden ético y psicológico— como criterio central de la definición de la disciplina así como de la determinación de su función.

En efecto, a ese abandono correspondió el brusco traslado de su centro hacia criterios teóricos de objetividad amparados en las concepciones estéticas generales que a partir de 1945 inician su ingreso al continente como un importante factor de transformación de la concepción y de la función de la crítica literaria. Este proceso estuvo lejos de ser simple o meramente episódico, y no es posible comprender, sin tomarlo en consideración, las transformaciones ocurridas en este sector de la actividad intelectual en América Latina a partir de mediados de siglo.

Desde un punto de vista más abarcador, la modernización afectó esferas más amplias y no se restringió sólo al ámbito de la crítica literaria. En efecto, la transformación en ese campo debe ser considerada como un aspecto del proceso más amplio que denominamos la "modernización de los equipos intelectuales" latinoamericanos. Con este concepto queremos expresar un cambio, tanto en las formas de organización de tales equipos como en su función y en la relación con el conocimiento que ellos producían. Por otra

parte, la modernización implica también un mayor grado de internacionalización en el proceso de producción de conocimientos y en los criterios de control y evaluación del mismo como consecuencia de la adscripción progresiva de tales equipos a una comunidad científica internacional, lo que se realizó principalmente a través de su integración a un paradigma (o paradigmas) común de investigación en el sentido que Thomas Kuhn dio a esa expresión.

Es en este sentido que interpretamos el papel que desempeñó la recepción de las estéticas universalistas que ingresaron al continente a partir de 1945 y que trajeron como consecuencia no solamente importantes cambios en el concepto de la literatura con que hasta entonces había trabajado la crítica en nuestro continente y en los patrones de recepción de las obras, sino también una conciencia más elaborada de la naturaleza del conocimiento crítico y de la distancia epistemológica que media entre ella y el campo de la literatura, lo que la puso de lleno ante el problema del método que debía regir la producción de conocimientos por parte de la crítica.

New Criticism, crítica estilística, fenomenológica, formalista, estructuralista, crítica sociológica y marxista, semiología o estética de la recepción: todas estas tendencias o variantes cuyas ingresaron en el período que estamos considerando. Tenemos algún conocimiento, principalmente por haberlas vivido, de las disputas que se establecieron entre ellas a lo largo de las décadas de los años sesenta y setenta y mediante las cuales la crítica latinoamericana se incorporó al debate en torno al problema de las ciencias humanas que se había iniciado en Europa a raíz de la reacción antipositivista del XIX, en el cual, a su vez, se encontraban inscritos tanto la crítica como los estudios literarios europeos y sus distintas respuestas, representadas en gran parte por aquellas tendencias. Pero son pocos los estudios que se han propuesto indagar las consecuencias de su recepción sobre nuestra vida intelectual y menos aún los estudios que se han propuesto examinar el sentido de esta recepción aluvional en relación con la propia tradición crítica latinoamericana.

El aspecto más relevante de ese proceso consistió en la aparición de una preocupación metacrítica a través de la cual se intentó el examen del propio proceso de la crítica literaria y que fue escenario de una amplia discusión acerca de su naturaleza, su función, su objeto de conocimiento —lo que, por ello mismo, implicó una revisión del concepto de literatura latinoamericana—, su historia, sus vinculaciones con la propia producción literaria, pero

también con otros discursos sociales. Planteó igualmente agudos problemas epistemológicos referentes a la legitimación del conocimiento que producía. En especial se debatió el problema de las condiciones formales que debía satisfacer una crítica que aspiraba a desarrollarse sobre criterios científicos, para lo cual se intentó depurarla de toda contaminación ideológica exacerbando las condiciones de tipo formal. El problema del examen histórico de la crítica literaria pasó a ser un tema de la mayor importancia y se intentó el examen en profundidad de las condiciones teóricas bajo las cuales debía realizarse ese estudio.

Todo este proceso debe abordarse necesariamente desde diferentes ángulos, de manera de trazar una imagen de su complejidad.

2. *El discurso metacrítico*

EN este sentido, conviene examinar en primer término las direcciones del discurso metacrítico, esto es, la crítica de la crítica o las propuestas de interpretación del comportamiento y la evolución de la crítica literaria tanto en Hispanoamérica como en Brasil, aun cuando las mismas no se refieran necesariamente al período en que se concentra nuestro estudio.

En primer lugar, las historias de la crítica literaria. Primero, la propuesta por el uruguayo Alberto Zum Felde (1954) quien la consideró parte de la producción ensayística continental a partir del período romántico y cuyo desarrollo y características se encontrarían directamente vinculadas a las vicisitudes de la vida social y política del continente, pero, principalmente al clima ideológico que rige cada período de la historia cultural americana. Luego, la de Wilson Martins (la primera edición es de 1958, revisada y aumentada considerablemente en la reedición de 1983), cuyo principal mérito consistió en considerarla como actividad intelectual autónoma, dotada de un ritmo de desarrollo propio caracterizado por la aparición de "familias críticas", lo que es una manera de explicar autárquicamente sus variadas y a veces irreconciliables manifestaciones.

Una parte considerable del discurso metacrítico contemporáneo consistió en propuestas menos abarcadoras pero que se propusieron la discusión en profundidad de los problemas planteados por la crítica literaria en América Latina. Las posiciones en este sentido son múltiples y comprenden una extensa gama de opciones. Se trata de un material muy variado y de distinta significación teórica, a través del cual se viene realizando en América Latina la discusión acerca de la función y naturaleza de la crítica literaria.

En todo caso, los recursos teóricos que se movilizan en esta discusión son de la más diversa índole, y no siempre provienen exclusivamente del arsenal que las estéticas universalistas pusieron a disposición de los estudiosos. Dando pruebas de un sincretismo notable, éstos no vacilaron en recurrir a otras fuentes e, incluso, a otras disciplinas que en el mismo período alcanzaban una presencia inédita en nuestra tradición intelectual y que cumplían procesos similares y aparentemente más exitosos de modernización. Es el caso de las ciencias sociales: brotaron los intentos por establecer correlaciones entre algunas interpretaciones del proceso social latinoamericano y la situación de *impasse* en que se encontraba la crítica literaria, la que, a su vez, ya había intentado la asimilación de las nociones básicas de la teoría de la dependencia como categorías aptas para interpretar el proceso de la literatura (véase la polémica de Oscar Collazos y Julio Cortázar a propósito de *62, modelo para armar*, de este último, pero también la interpretación del significado de la Nueva Narrativa que hace el mexicano Carlos Fuentes, ampliamente difundida, en la que pretende fundamentar una concepción universalista de la literatura en los estudios sobre el proceso de urbanización en América Latina aportados por las ciencias sociales). Igualmente se intentó importar elementos teóricos provenientes de la discusión en torno a las artes plásticas originada por la aparición de una vanguardia artística que pugnaba por la internacionalización de la plástica en el continente bajo la presión creciente del arte norteamericano que tras la Segunda Guerra Mundial había desplazado en ese terreno a la Europa en reconstrucción.

3. *Unidad y diversidad de la crítica literaria latinoamericana*

PERO no son éstos los únicos aspectos a tomar en cuenta cuando se trata de investigar las vías por las que transcurre el proceso de la crítica latinoamericana. Es necesario considerar la forma en que se entretujan las nuevas tendencias con las líneas maestras que rigen las respectivas tradiciones críticas en Hispanoamérica y el Brasil. Es necesario indicar, en efecto, que si bien en ese momento la crítica estilística de tradición española parecía ya a inicios de la década de los sesenta debilitada y hasta abandonada por los críticos que se apresuraron a abrazar las nuevas corrientes (aunque no ocurrirá lo mismo en el Brasil, que en ese momento se esfuerza por consolidar el análisis estilístico en sus cursos univer-

sitarios), no debe olvidarse que la estilística constituyó en Hispanoamérica una importante y profunda tradición que sería "tierra abonada" para la recepción de las propuestas de análisis estructural y formalista, lo que, a largo plazo, nos permitirá matizar las condiciones que hicieron posible la implantación de esas tendencias en Hispanoamérica y el papel que desempeñaron en la modernización al entroncarse en una tradición "textualista" de estudios de la literatura en una simbiosis que, sin duda, es preciso analizar con detenimiento.

La consideración de estos reajustes de la crítica latinoamericana permite también "hilar más fino" en el nudo de las polémicas surgidas a lo largo del período, en cuanto que en los intersticios de la apretada madeja de discursos y perspectivas críticas tiene lugar la imbricación, bien que problemática, de las líneas rectoras de la tradición crítica con las nuevas propuestas. Para citar otro ejemplo en el ámbito hispanoamericano: la crítica de orientación sociológica, si bien por una parte reiteró los tópicos más comunes del sociologismo vulgar, por la otra, en los casos más felices, se propuso la recuperación de una problemática americanista ya desarrollada por la crítica de la primera mitad de siglo munida de un instrumental teórico más sofisticado extraído del marxismo y la sociología, lo que le permitió replantear en forma infinitamente más eficaz el problema de las vinculaciones entre la literatura y la sociedad. Por su parte, el formalismo venía a coincidir en sus líneas generales con una tradición de análisis de textos que había alcanzado su nivel más elevado en el trabajo de Amado Alonso sobre Neruda o en los de Pedro Henríquez Ureña sobre la literatura colonial.

Por otra parte, es notable que en el Brasil la primera fase de la modernización crítica se haya iniciado a través de una obra de carácter historiográfico de largo aliento como *A literatura no Brasil*, dirigida por Afrânio Coutinho, seguida casi inmediatamente por el texto fundamental de Antônio Cândido, *A formação da literatura brasileira*. Ambas propuestas, que aún con ser divergentes compartían referencias teóricas comunes, permitieron el lúcido entronque de la nueva fase con la importante tradición historiográfica de la crítica brasileña que se afirmó desde el XIX incontestablemente con la obra de Silvio Romero.

El análisis de estas combinaciones se hace indispensable para el estudio de la trayectoria seguida por la crítica latinoamericana y para la descripción de su proceso desde un punto de vista autónomo y no ha sido realizado hasta ahora, no obstante su apremiante necesidad. El mismo pondría en evidencia un proceso que

no se limitó a la mera recepción pasiva de las propuestas importadas sino que hizo de esa recepción una oportunidad de actualización y modernización de la tradición crítica.

4. *Modernización crítica y modernización cultural*

AL iniciarse la segunda mitad del siglo XX ya se encuentra en marcha la reacomodación del funcionamiento cultural del continente, originada en el agotamiento de la fase nacionalista que había alcanzado su dominio continental a partir de la década de los años veinte. La nueva fase que, siguiendo la periodización propuesta por Ángel Rama, denominamos de "cultura modernizada internacionalista", se hará reconocible por la aparición de una serie de fenómenos que harán evidente la reestructuración del régimen de producción intelectual.

La formación de las modernas ciencias sociales latinoamericanas debe contarse como uno de los rasgos de la nueva etapa, principalmente por su aporte respecto de la renovación de la visión de América Latina que alteró significativamente, pero que también dio continuidad, sobre nuevos fundamentos, a una concepción unitaria e integradora que venía formándose desde la generación modernista hispanoamericana. En efecto, tras el abandono de la modalidad ensayística que desde el siglo XIX había canalizado la reflexión sobre las peculiaridades sociales, políticas, históricas e intelectuales del continente, las ciencias sociales alcanzaron elevados niveles de eficiencia teórica, coincidentes con su inserción crítica en el discurso sociológico y económico de los países centrales, especialmente en lo que respecta a los estudios sobre América Latina, cuya concepción general ellas renuevan y reformulan. A este proceso contribuirá de modo decisivo la transformación de la función social de la universidad en todo el continente, que la convierte en centro dinámico de renovación del trabajo intelectual en todos los ámbitos y particularmente en el de las ciencias humanas, donde se agudiza y desarrolla una postura crítica con respecto a la sociedad y a la función que corresponde desempeñar en ella a los intelectuales. En el ámbito específico de la crítica literaria, éste será el momento de abandonar la modalidad periodística de su ejercicio, necesariamente constreñido a limitaciones impuestas por el medio, para inscribirse en el nuevo espacio de la universidad donde se redefine bajo la nueva concepción de "estudios literarios".

Estas transformaciones, entre otras, configuran lo que denominamos la "modernización de los equipos intelectuales latinoame-

ricanos", uno de cuyos aspectos es el correspondiente a la crítica literaria. Muy próximas a los reajustes que tuvieron lugar en este último campo, se encuentran las transformaciones en el terreno de las artes plásticas y de la crítica del arte. Los estudiaremos examinando especialmente el caso de Brasil, aunque tuvieron lugar procesos análogos en otros puntos del continente, como es el caso argentino a través de la sección de artes plásticas del Instituto Di Tella, dirigida por Jorge Romero Brest, o los casos de Venezuela, México y Colombia.

5. Modernización de la crítica literaria

EL estudio específico de la modernización de la crítica literaria se realizará en tres momentos.

En primer lugar, examinaremos las distintas reacciones de la crítica ante el fenómeno general de la llamada "Nueva Narrativa". En este caso es importante destacar reacciones por lo menos parcialmente divergentes entre Hispanoamérica y el Brasil con relación al mismo fenómeno. En efecto, la mayor parte de la crítica hispanoamericana interpretó el advenimiento de la nueva narrativa como una ruptura que finalmente liberaba a la literatura del peso de un excesivo compromiso con la realidad circundante que la mantenía atada a las temáticas locales, lo que le impedía ser el vehículo de una representación moderna, literariamente hablando, tanto del propio mundo latinoamericano como de la relación del hombre con él. Esa nueva modalidad de la representación artística del mundo parecía cristalizar en la nueva producción narrativa que vertiginosamente ostentaba una clara ubicación en el punto de vista de la conciencia estética contemporánea o, dicho en otras palabras, que finalmente alcanzaba la modernidad literaria aunque fuera con el tradicional desfase ya registrado por Alfonso Reyes. La reacción de la crítica ante el nuevo rumbo de la producción literaria fue de perplejidad y de autorreflexión al mismo tiempo y comportó una valoración negativa de su propia situación, esto es, una conciencia del estado de "atraso" en que se encontraba con respecto a los niveles de la conciencia estética observables en las nuevas obras. De allí el proyecto fundamental que se impuso a sí misma en el sentido de una puesta al día, de una impostergable actualización de sus recursos de análisis e interpretación tanto como de las concepciones sobre la literatura que hasta entonces la habían regido. Dicho en otros términos, a la "Nueva Narrativa" debía corresponder una nueva crítica, tan nueva como la narrativa misma.

Ello trajo como consecuencia la postulación de una profunda fractura en la evolución literaria hispanoamericana: la Nueva Narrativa representaría el advenimiento propiamente dicho de *la* literatura, mientras que el período anterior pasaría a ser considerado como un largo y doloroso ensayo de adiestramiento sin capacidad para alcanzar, simultáneamente, una expresión propia y contemporánea. De allí que una parte fundamental del debate de la crítica literaria hispanoamericana se encontró directamente referido a la interpretación del fenómeno de la Nueva Narrativa; la actualización y transformación de la crítica debía ser de naturaleza esencialmente estética, concentrada en los problemas de la textualidad, esto es, en el problema de la escritura misma, lo que repercutió directamente sobre la concepción global de la literatura que pasó a manejar una parte de la crítica hispanoamericana, casi exclusivamente concentrada en los aspectos textuales en detrimento de los históricos y formativos.

En el caso de Brasil, esa fractura de la conciencia literaria no se registró con la misma intensidad, lo que permitió a la crítica preservar una conciencia más estructurada de la evolución literaria fundada en su propia tradición historiográfica que desde el siglo XIX se propuso concebir el desarrollo orgánico de la literatura como íntimamente vinculado al desarrollo y consolidación del Brasil en cuanto unidad política y cultural, proyecto que, como es sabido, marcó profundamente la obra crítica de Mário de Andrade. Y será justamente contra esa concepción del desarrollo de la literatura, que parecía no deslindar con rigurosidad la esfera literaria de las restantes series sociales y que parecía diluir peligrosamente la especificidad estética del fenómeno literario, que se hacen sentir los efectos de la modernización y la recepción de las nuevas concepciones. Es lo que está en la raíz del proyecto historiográfico de Afrânio Coutinho, quien se propuso —otro problema es saber si consiguió realizarlo exitosamente— redefinir la literatura como "arte literaria". Será también en el plano historiográfico, con una clara propuesta de aprehensión orgánica del proceso de la literatura, donde se canalice y se afirme la presencia de Antônio Cândido en la crítica brasileña.

6. *La institución crítica*

VINCULADO estrechamente con ese proceso de recepción de las nuevas tendencias críticas, se desenvuelve el segundo aspecto de nuestra hipótesis, esto es, el relativo a las transformaciones de la

conciencia estética articulada al reacomodamiento de la institución crítica. En primer lugar, a través del significado de las estéticas universalistas para la crítica latinoamericana y, en segundo término, a través del estudio de la función que cupo en ese proceso a la universidad modernizada.

En efecto, la recepción de las estéticas universalistas es un aspecto central responsable de la modernización de la disciplina en el continente. La consecuencia más notoria y también más superficial de dicha recepción consistió en la imitación pueril de los modelos importados que, como modas sucesivas, invadieron el continente a partir de la década de los años cincuenta. Ello dio origen a una tendencia generalizada a trivializar el discurso crítico, más interesado en exhibir los tecnicismos simplificados a través de la divulgación editorial que en comprender efectivamente el proceso de la literatura que se desarrollaba ante sus ojos. Pero, en los casos de mayor lucidez, que son los que realmente importan, la recepción crítica de tales propuestas comportó el sentido más profundo de la modernización de la disciplina. En realidad, la modernización estuvo lejos de consistir en la mera apropiación mimética de las teorías foráneas. Su carácter más importante consistió en la inserción de nuestra crítica en el conjunto de problemas fundamentales a que aquellas propuestas respondían en sus contextos de origen, esto es, en los de orden filosófico y metodológico relativos al *status* epistemológico de las ciencias humanas, dentro de las cuales se coloca la crítica, y a los criterios de legitimación del conocimiento que las mismas producen y de definición de su objeto de estudio, lo que en conjunto no consistió en otra cosa que en afrontar los problemas relativos a la constitución de una disciplina cuyos modelos fueron proporcionados simultáneamente tanto por el vertiginoso desarrollo de la lingüística en nuestro siglo como por la vigorosa evolución experimentada por las ciencias sociales del continente. Durante ese proceso se enfrentaron dos distintas concepciones del mundo y del conocimiento, lo que equivale a decir dos distintas concepciones de la metodología del conocimiento y de sus criterios de legitimación: el neopositivismo, que desarrolló modernamente la problemática de la metodología y la filosofía de las ciencias —y que proporcionó el modelo teórico de la lingüística generativa y transformacional pero también la estructura teórica fundamental del estructuralismo francés y del sentido de sus modelos de análisis—, por una parte, y por otra, la filosofía dialéctica —uno de cuyos aspectos, el fundamental, es la propuesta marxista— que se concentró en la discusión de los problemas relacionados con el carácter histórico del conocimiento y de su re-

definición en el contexto de una praxis histórica definida. La traducción de estas concepciones al campo de la crítica literaria fue lo que hizo la importancia de la recepción de las estéticas a partir del fin de la Segunda Guerra Mundial. En ello radica el sentido más genuino de la modernización de la crítica latinoamericana y de las respuestas y cuestiones que la misma fue capaz de suscitar así como en la solución original (y no meramente autónoma en un sentido estrecho) que aportó a algunos problemas fundamentales de los estudios literarios a partir del examen atento de la propia tradición literaria latinoamericana y del conocimiento de su particularidad como proceso cultural específico.

Enfocado desde otro punto de vista, este proceso es, simultáneamente, el de la transformación de la práctica crítica en disciplina universitaria en todo el continente. En efecto, el escenario privilegiado de la modernización fue la universidad. Podemos incluso decir que una descripción pertinente de ese proceso consistió en su traslado desde las páginas de los periódicos a las aulas y centros de investigación. O, también, en la transformación del crítico en docente e investigador.

Este traslado afectó igualmente a los aspectos relativos a la circulación de conocimientos y a la trasmisión de los resultados del trabajo crítico. La nueva fase dará prioridad a las revistas académicas especializadas y dejará para los suplementos literarios sólo las versiones simplificadas y las vulgarizaciones más o menos generales del trabajo de investigación, dotado de un carácter más técnico y especializado. Uno de los rasgos fundamentales de este nuevo medio consiste en su naturaleza internacional y en el público académico y especializado al que va dirigido, en contraste con el público lector cautivo de periódicos y folletines con el que había contado tradicionalmente.

En el Brasil, el papel relevante que desempeñó la universidad en la modernización intelectual y, específicamente, en la modernización crítica, quedó nítidamente marcado por la circunstancia de que la fundación de la misma, realizada en la década de los años treinta (la de São Paulo en 1934, y la de Río de Janeiro en 1936), fue concebida desde su inicio como un factor de actualización y de integración sistemática a los patrones más elevados de la cultura universitaria europea a través de la contratación directa de profesores y especialistas franceses que oficiaron como profesores fundadores. La actuación de hombres como Lévi-Strauss o Roger Bastide en la universidad de São Paulo, cuyos trabajos ocuparon posteriormente un lugar fundamental en las referencias teóricas que manejó el debate de los años sesenta y setenta, pusieron a la uni-

versidad brasileña desde su inicio en contacto con los problemas fundamentales de la cultura humanística occidental.

En el caso de Hispanoamérica, acaso la función modernizadora de la universidad resulte menos nítidamente perceptible. Pero, aunque las vías hayan sido diferentes que el contacto directo mediante el recurso de la importación de profesores, su papel resultó igualmente eficaz, acaso porque la modernización crítica fue un efecto y no una causa del cambio de función de la universidad. Más heterogéneo, el proceso hispanoamericano se podría examinar tomando como ejemplo la evolución de la universidad argentina durante el período que consideramos, a través específicamente de la polarización de las universidades de Rosario y de Buenos Aires. Esta última, con una larga tradición de más de siglo y medio (su fundación se hizo en 1821), fue desde el siglo XIX el centro de la vida intelectual argentina, y desde 1927 sede del influyente Instituto de Filología que bajo la dirección de Amado Alonso alcanzó proyección continental en los estudios lingüísticos y filológico-literarios. Este último resultó un factor fundamental en el asentamiento (como también lo sería el Instituto Caro y Cuervo en Colombia) de la filología hispánica como orientación dominante de los estudios universitarios de literatura en Hispanoamérica. Por él pasaron los más notables estudiosos de la literatura hispanoamericana, y el Instituto mismo llegó a constituirse más en el asiento de una tradición filológica que en un instrumento capaz de asimilar y proyectar la modernización. Esta tarea cupo, por el contrario, a la Universidad de Rosario, por cuyas aulas pasó la mayor parte de los críticos responsables de la renovación de los estudios literarios argentinos. Fue allí donde se trabajó por primera vez con las teorías psicoanalíticas aplicadas al estudio de la literatura argentina, donde se inició el examen de la literatura en relación con el proceso ideológico y político del país y donde, en fin, se asimilaron con entusiasmo las nuevas propuestas metodológicas provenientes de Europa.

Con mayor o menor nitidez, este proceso se dará con variantes locales en otros lugares del continente y es posible advertir su homogeneidad —por lo menos desde el punto de vista bibliográfico— por los textos en común que manejaron en el campo del análisis literario. Obras como las de Wolfgang Kayser o la *Teoría de la Literatura*, de Welck y Warren, cuya traducción española editada por Gredos (Madrid) es de 1953, llegaron a convertirse en referencias indispensables para las universidades hispanoamericanas y en el vehículo más eficaz para la difusión de las técnicas de análisis textual y los problemas de teoría de la literatura. Aunque hay

que señalar que ello no excluyó, antes bien, por el contrario, la presencia de otras tendencias, como la fenomenología; es el caso de Félix Martínez Bonati, cuyo libro *La estructura de la obra literaria*, de 1960, sigue de cerca el texto de Roman Ingarden, *La obra de arte literaria* e introduce en la discusión estética del continente las referencias europeas más actualizadas.

7. *La tradición modernizada*

LA descripción del proceso modernizador hecha hasta este momento no queda completa si no se examinan al mismo tiempo sus relaciones con la tradición latinoamericana de crítica y estudios sobre la literatura. Un aspecto fundamental de la modernización, en efecto, consistió en la suplantación aluvional de las corrientes críticas que se habían ido desarrollando conjuntamente con los altibajos del proceso de la sociedad desde mediados del XIX. Esa ruptura con la tradición fue hasta tal punto drástica en Hispanoamérica, que la recepción de las estéticas universalistas dejó prácticamente fuera de circulación durante dos décadas despojándolos de toda significación teórica, a los más importantes críticos que actuaron en el continente desde la fase modernista hasta mediados del presente siglo. Desde la perspectiva de las nuevas preocupaciones autores como Martí, Rodó, Ugarte, González Prada, Mariátegui, Reyes, Zum Felde, Henríquez Ureña, Sanín Cano, pasaron a ser extraños, o apenas materia de estudio de una dudosa "historia de las ideas" desprovista de relevancia teórica para las exigencias de la nueva hora. Esos autores, no obstante, fueron responsables de las más importantes formulaciones de la problemática de la literatura hispanoamericana, examinada desde el punto de vista de sus vinculaciones con el proceso social y cultural aunque también de su importancia propiamente literaria, y se ubicaron en una perspectiva crítica cuyos problemas, si bien fueron desplazados, estuvieron lejos de ser resueltos por los aportes de las nuevas tendencias. Antes, por el contrario, aquellas preocupaciones, tanto como los problemas que estos críticos plantearon, conservaron su vigencia y modelaron soterradamente los rumbos del debate modernizador.

En el Brasil, como es sabido, la modernización siguió vías diversas. Pero la sola circunstancia de que la nueva generación de críticos se haya visto compelida a tener a un Silvio Romero, a un José Veríssimo o a un Mário de Andrade, como puntos de referencia en contraste con los cuales definieron en alguna medida sus posturas críticas, pone en evidencia una forma de relación diferente

con la tradición, que por ello mismo se mostraba más activa. Lo que no impidió, sin embargo, el resultado uniformador del efecto modernizante, que dio origen a los mismos debates ruidosos y a las mismas apropiaciones superficiales de los métodos importados.

Ahora bien, en y a través de esos debates subsistió la preocupación por los problemas fundamentales de la literatura del continente y, más ampliamente, por la forma en que ésta se integra a su proceso cultural. Estos problemas habían sido retomados por los más lúcidos representantes de la generación modernista en el Brasil desde Mário y Oswald de Andrade a Gilberto Freyre o Sergio Buarque de Hollanda, lo que permite medir la diversidad de matices con que se transmitieron a la nueva generación los problemas concernientes a la especificidad de la literatura y de la cultura brasileñas. Que no se trataba de problemas muertos lo demostró, por ejemplo, el debate en torno al arte concreto, tanto en pintura como en poesía, y la narrativa regionalista que culmina en João Guimarães Rosa, cuya obra replantea seriamente al problema de modernidad tradicionalismo como su propia clave de lectura. Otro tanto es posible observar en Hispanoamérica con la obra de sus más destacados narradores contemporáneos: los textos de García Márquez, Rulfo, Carpentier, Lezama Lima, Ciro Alegría, etcétera, replanteaban el mismo problema que por su parte, en el campo de las artes plásticas, replanteaban Lam, Tamayo, Cuevas, de Syzlo, Botero. . . Es también lo que, cuando menos parcialmente, expresa el hecho de que junto con los tecnicismos críticos más refinados y los problemas estéticos más avanzados, subsistieran las estruendosas propuestas del realismo mágico o de lo real maravilloso que insistían en definir el carácter de la literatura latinoamericana a partir de una problemática singularidad mágico-mítica de su cultura.

"Muy antigua y muy moderna", como la definió Ángel Rama citando el verso de Darío, la cultura y la literatura latinoamericanas parecían exigir, en pleno apogeo de la tendencia modernizante, una respuesta integradora que permitiera retomar el sentido de esa tensa supervivencia y aprehender la nota capaz de coordinar ese "coro de contrarios", esa tensión entre tradición y modernidad, sin renunciar, no obstante, a los derechos y a la vitalidad que incontestablemente afirman ambos polos de tensión. Y la crítica respondió a través de uno de los más claros ejemplos de integración del esfuerzo interpretativo del proceso artístico latinoamericano. Es lo que nos proponemos mostrar mediante la reconstrucción del itinerario, subterráneo las más de las veces, de una tradición crítica latinoamericana, con la persistencia de sus problemas fundamentales.